

La conjura del plomo

África Vázquez



ALGAR
JOVEN

I

Bernardo Dávila era capaz de olfatear la muerte a distancia y eso le había permitido esquivarla durante más de cincuenta años. Aquella noche de 1614, mientras caminaba hacia la sede de la hermandad desde la plaza Mayor, supo que le pisaba los talones.

A simple vista, nada en él llamaba demasiado la atención. Bernardo era un tipo alto y adusto, de ojos oscuros y sagaces y poblado bigote gris, cuya melena del mismo color llevaba recogida bajo el sombrero de ala ancha. Embozado en la capa, con la espada en el cinto y la daga oculta en la manga, parecía uno de los muchos veteranos de guerra que, en tiempos de paz, alquilaban su espada por un puñado de maravedíes. No eran pocos los matones a sueldo que acechaban en las noches madrileñas durante el reinado de Felipe III, y, aunque no convenía meterse con ellos, Bernardo no parecía diferente al resto.

Pero lo era. Porque en el cinto, junto a la espada, llevaba toda una colección de viales alquímicos.

Se detuvo en seco justo antes de doblar la esquina. Al otro lado se encontraba la fontana de la Puerta Cerrada, donde cada noche se producían robos, asaltos y escaramuzas. Había que ser idiota para elegir a Bernardo como víctima, pero el viejo espadachín conocía

demasiado bien los bajos fondos de Madrid como para confiarse.

Aspiró por la nariz. El aire de la noche estaba cargado de olor a vino barato y ceniza de hogar, a hierro desnudo y sangre fresca. Sin emitir ningún sonido, Bernardo extrajo uno de los viales que llevaba en el cinto, le arrancó el tapón con los dientes y se bebió su contenido de un trago: poción de gato, perfecta para ver en la oscuridad.

¿Qué pensaría un inquisidor si se cruzaba con él en ese instante y veía cómo sus pupilas se estrechaban hasta asemejarse a las de un felino? Pobre diablo, qué susto se llevaría. Y luego lo acusaría de brujo, hereje y a saber qué más. Cosas del Santo Oficio. Bernardo parpadeó para acostumbrarse a la visión nocturna, miró a todos los lados y, cuando se cercioró de que no había nadie oculto entre los soportales que lo rodeaban, se echó la capa por encima del hombro derecho, apoyó la mano en el pomo de la espada y siguió su camino.

Tan pronto como dobló la esquina, una brisa invisible apagó el farol que iluminaba la siguiente calle.

El alquimista supo entonces que su instinto no le había fallado.

—¡A por él! —ordenó una voz áspera desde las tinieblas.

Un hombre corriente no habría podido distinguir las tres figuras que acechaban en el portal más próximo, pero la poción de gato obraba milagros en los ojos de los alquimistas. Bernardo desnudó su acero y

se abalanzó sobre el primer encapuchado, al que pilló desprevenido: lo hirió en el brazo derecho de tal modo que lo forzó a soltar la espada y, después, propinó un puntapié al arma para evitarle a su dueño la tentación de volver a empuñarla. No quería que lo obligara a rebanarle el pescuezo.

«Uno menos», pensó. Quedaban dos.

Uno de ellos ya lo estaba atacando. Bernardo frenó la estocada en el último momento, a duras penas, y cerca estuvo de hincar la rodilla en el suelo. Con la mano izquierda, extrajo la daga que ocultaba en la manga y lanzó un golpe brusco y rápido, solo para distraer a su contrincante, que mordió el anzuelo y retrocedió unos pasos. Bernardo aprovechó la ocasión para incorporarse y recuperar la posición de guardia.

—¿Quién va? —preguntó con voz ronca, más por ganar tiempo que porque le interesara la respuesta.

En ese momento, el tercer encapuchado intentó apuñalarlo por detrás. Bernardo se volvió hacia él, irritado, y le clavó la espada en el muslo. Un alarido le perforó los oídos, y se apartó, asqueado, mientras el hombre se apoyaba en la pared más próxima, lívido y jadeante. Había tres cosas en la vida que detestaba con pasión: a los recaudadores de impuestos, la sopa de ajo y a los rufianes que atacaban por la espalda.

«Dos menos».

—Atacad de frente, hideputas —dijo entre dientes.

De pronto, su atención se desvió hacia la pared que el encapuchado había elegido como punto de apoyo. Perteneecía a una casa que tenía las ventanas tapiadas

y, cuando Bernardo localizó la puerta, descubrió que alguien había pintado una cruz blanca en la madera.

Sintió frío y retrocedió. Casi podía aspirar los vapores fétidos que emanaban del interior de aquella casa maldita, y se cubrió la nariz y la boca con la capa por puro instinto. Corría el rumor de que una nueva epidemia de peste assolaba la capital del reino, pero Bernardo y el resto de los alquimistas sabían la verdad: la peste del humo, como habían empezado a llamarla, era distinta. Y peor.

Estuvo cerca de advertir al encapuchado, de evitarle el contagio a pesar de todo. No le deseaba la peste del humo ni a su peor enemigo, y mucho menos a un ratero de tres al cuarto. Pero, para cuando quiso dar la voz de alarma, un sonido escalofriante lo dejó paralizado.

Se volvió hacia el último hombre que quedaba en pie y descubrió que lo estaba encañonando con una pistola.

El corazón de Bernardo comenzó a latir con fuerza. Las pistolas habían sido prohibidas por pragmáticas reales y solo un hombre muy estúpido se habría arriesgado a que lo sorprendieran en posesión de una de ellas.

Muy estúpido... o muy desesperado.

Comprendió, demasiado tarde, que sus atacantes no eran simples ladrones. Eran algo mucho peor.

Embozados.

Y no lo habían asaltado por casualidad, confundándolo con un incauto cualquiera. Sabían quién era, qué era.

—Adiós, alquimista —siseó el que empuñaba la pistola, lo que confirmó sus peores sospechas.

Segundos después, un grito resonó en la calleja vacía:

—¡Agua va!

Acto seguido, alguien vació un cubo de agua sucia sobre la cabeza del embozado, que profirió un grito de sobresalto. Bernardo aprovechó la ocasión para palpar los viales que llevaba en el cinto y, con dedos temblorosos, eligió dos de ellos: poción de inmunidad y poción de huida. Apuró de golpe el contenido del primer vial y el segundo lo arrojó al suelo, donde se hizo pedazos.

Del líquido derramado brotó una niebla espesa, con olor a azufre, que hizo toser al pistolero. Era cuestión de tiempo que la niebla lo dejara fuera de combate. Bernardo, protegido por la poción de inmunidad, se abrió camino a ciegas hasta los soportales, donde chocó con otro de los embozados, el primero al que había desarmado.

Todo sucedió muy deprisa. El embozado le propinó un puñetazo que lo dejó sin aire y, después, se oyó gritar a una mujer y el sonido inequívoco de un forcejeo. Resollando aún, Bernardo se incorporó y vio cómo el mismo embozado arrastraba a la mujer hasta la calle, donde la agarró del cuello y la amenazó con una cuchilla de matarife.

—¡Suelta la espada o ella lo pagará! —le ordenó a Bernardo.

La mujer alzó el mentón: si tenía miedo, sabía disimularlo. Era baja y robusta, de ojos marrones y cabello

gris, y vestía con pulcra sencillez. Bernardo dedujo que tendría su misma edad, quizás un par de años menos, y sintió una oleada de admiración por ella.

–Ven a por mí si tienes agallas –retó Bernardo al embozado, y retrocedió unos pasos.

Sujetando aún a la mujer, el hombre caminó hacia Bernardo, sin ser consciente de que se acercaba peligrosamente a la niebla que apestaba a azufre. Tan pronto como esta penetró en sus fosas nasales, la presión que ejercía sobre su rehén se aflojó.

–¿Qué diantres...? –gimió.

A continuación, se desplomó en el suelo. La mujer estuvo a punto de hacer lo mismo, pero Bernardo la agarró del brazo y la apartó de la niebla justo a tiempo.

–Disculpe mis modales, señora –gruñó–, pero no le aconsejo respirar eso.

–Vuestra merced me ha salvado. –La mujer lo miraba con gratitud–. ¿Cómo puedo agradeceréselo?

Bernardo evocó el rostro de otra mujer que, hacía años, lo había contemplado de la misma manera después de un combate. Por aquel entonces, él era joven y necio. Molesto consigo mismo, ahuyentó el recuerdo.

–Estamos en paz, señora, pues arrojó el agua en el momento más oportuno –declaró.

–Debí arrojar aceite hirviendo; estoy harta de ladrones y bandidos. Dígame, ¿cuál es su nombre?

–No le hará ningún bien saberlo.

–Un hombre parco en palabras. –La mujer esbozó una pequeña sonrisa. No parecía asustada, lo cual solo

podía significar dos cosas: o era muy valiente o era muy necia. Bernardo creía más probable la primera opción—. Me llaman María la Serrana y soy la dueña de la taberna Fortuna, en la calle del León. Vuestra merced ya sabe dónde encontrarme si necesita algo.

—Hum —dijo Bernardo, y eso fue todo. Dudaba que volviera a ver a esa mujer; lo contrario supondría meterla en algún lío, y saltaba a la vista que María la Serrana ya se metía en líos sin ayuda de nadie.

El embozado herido se había esfumado y los otros dos seguían inconscientes entre la niebla. Despertarían al cabo de unas horas, con un dolor de cabeza de mil demonios y sin recordar muy bien lo sucedido. Para entonces, Bernardo ya estaría en la sede de la hermandad de alquimistas, a salvo de ojos indiscretos.

Se disponía a decirle adiós a María la Serrana cuando oyó pasos apresurados en las calles aledañas. Los embozados y él habían armado suficiente jaleo como para atraer a los corchetes del corregidor.

—¡Márchese, pronto! —susurró la mujer—. Si me preguntan, yo no he visto nada.

Bernardo asintió y se escabulló por el callejón más próximo, con el sombrero calado hasta las cejas y la capa negra ondeando a las espaldas. Para cuando las autoridades hicieron acto de presencia, el alquimista ya estaba muy lejos de allí.